



La niña de doña Armanda estrena abrigo de pieles...

Ayuntamiento de Madrid

Dib. CASERO.—Madrid.



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A. Apartado 605. Habana.

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	9 pesetas.
Semestre	16 —
Año	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Ángel, 5.—MADRID.—Apartado 12.142

Los famosos polvos insecticidas

LEYER Y COMP.^A


Son infalibles para la destrucción de toda
clase de insectos

NUESTROS CONCURSOS

El del mes de MARZO

Amados y robustos lectores, bellas y elegantes lectoras: El concurso de este mes es sencillo, cual codorniz ingenua. Se trata, como ustedes se habrán percatado, del presupuesto diario de una familia respetable y honradísima, que tiene a su servicio una cocinera coloradota y alcarreña. La cuestión es ésta: ¿Sisa, o no sisa? Se trata de que ustedes completen la adjunta nota de los comestibles y bebestibles que consumen la respetable y honradísima familia que tiene a su servicio la cocinera alcarreña y coloradota, poniendo los artículos no incluidos en la lista y los precios correspondientes. Hay que discurrir y hay que sumar hasta dar el total de pesetas 14,65.

Y nada más, el premio, como de costumbre, será de 100 pesetitas. El plazo de admisión en soluciones termina, sin prórroga posible, el día 31 de marzo.



<i>Patatas</i>	0,80
<i>Peregil</i>	0,10
<i>Una escoba</i>	0,50
<i>Pan</i>	1,30
<i>Cordilla</i>	0,10
<i>Carne</i>	4,50
<i>Espinacas</i>	0,75
<i>Periódico</i>	0,20
<i>Un sífon</i>	0,50
TOTAL	14,65

Nombre del concursante

Dirección

FIRMA,

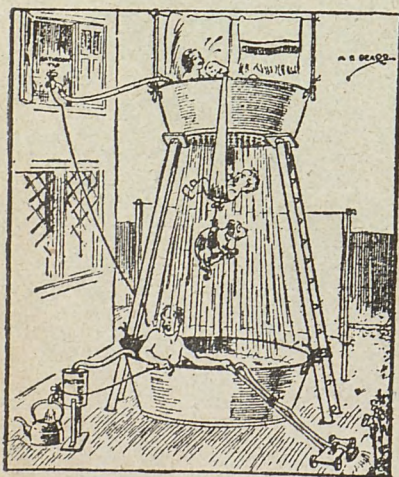
NUESTROS CONCURSOS

EL DEL MES DE ENERO Y FEBRERO : - : SEGUNDA LISTA DE SOLUCIONISTAS

Isabel Somontes.—Madrid.
Pilarcita "La Golondrina".—Madrid.
E. R. R.—Madrid.
Justa de Pablos.—Madrid.
Sorito Closas Pérez.—Santander.
Lucrecia Calvo.—Valencia.
Sarcos.—Palencia.
Arturo Paniagua.—Madrid.
Joaquín Mateu.—Sabadell.
Josefina Senra Pastor.—Madrid.
Amparo Vázquez.—Barcelona.
Elvira Erace.—Barcelona.
María Sánchez.—Melilla.
Ramón Mercader.—Barcelona.
José María de Garay.—Madrid.
Cristóbal Hierro Rodríguez.—Sevilla.
F. Barandiarán.—San Sebastián.
Belencita Mancebo.—Almansa.
Pedro Gallego Tejado.—Tetuán.
Diego Martín Pujol.—Madrid.
José Capell.—Barcelona.
"Castiza Irunesa".—Irún.
Luis Gómez Sadaba.—Melilla.
José Sresana.—Tánger.
Carmencita Ortega.—Pinto.
Carmen Rodríguez Quintanilla.—Jerez.
Manolita G. Luquero.—Logroño.
"Felipe el hermoso".—Tetuán.
Carmen Núñez Alonso.—Madrid.
Juan José López.—Bilbao.
Rafaela Rico.—Córdoba.
C. Pablos Vidal.—San Sebastián.
Conchita Jiménez.—Madrid.
Aurorita Lisardo.—Madrid.
Luis Guinea.—Madrid.
Victoria Gómez Manzanilla.—Toledo.
Guillermo Jequier.—Madrid.
Esperanza Martín Aguilera.—Madrid.

Carmelo Asensio Yoldi.—Logroño.
Luis Güer.—Madrid.
José Ramos.—Valencia.
A. Serrano.—Aranjuez.
L. González R.—Málaga.
Jaime Vall Gasso.—Manresa.
Teresa Martín.—Madrid.
Asunción Hevia.—Gijón.
María Pilar Lemona.—Bilbao.
Manolita Domínguez.—Madrid.
Victoria Carboneras.—Valencia.
Salvador Portillo Ruiz.—Madrid.
Francisco Giménez P.—Barcelona.
J. R. Pérez.—Sevilla.
María Luisa Martín.—Madrid.
María Luisa F. de Masfané.—Barcelona.
Federico Méndez Pastor.—Madrid.
Matilde del Castillo Serra.—Madrid.
C. M. M.—Santander.
Josefina Lumberras.—Soria.
Marcos Cardona.—Valencia.
Julián Ediondo Horneo.—Portugalete.
Sebastián Bugarra.—Logroño.
Francisco Oliveras.—Barcelona.
Manuel Closa Bosser.—Barcelona.
José Marcos Blázquez.—Madrid.
Juan Ruiz.—San Sebastián.
León Cembrano.—Madrid.
R. Cuevas.—Madrid.
Jaime Serrano.—Gerona.
Josefa Prado.—Madrid.
Caridad López Heredia.—Sevilla.
Laura García Onareno.—Tarragona.
Leopoldo López Sánchez.—Tetuán.
María Isabel Barreiro.—Villagarcía de Arosa.
Antonio Flores.—Sevilla.

Enriqueta Salvan.—Barcelona.
Rafael Bella Sadea.—Barcelona.
Policarpo Polígono.—Barcelona.
Juan Puig.—Barcelona.
Luis Bohigas.—Barcelona.
Alejandro de las Heras.—Madrid.
Emiliano García.—Madrid.
Pedro Alonso.—Madrid.
Margarita Somontes.—Madrid.
Encarnación González Ruiz.—Madrid.
Antonia Malberti.—Palma de Mallorca.
Adolfo Major.—Sevilla.
José Molina.—Burgos.
Juan C. Monrrás.—San Sebastián.
Margarita Pon Ribas.—Palma de Mallorca.
Sally D. Romano.—Barcelona.
Rafael González Calvo.—Zamora.
Luis Márquez Arroyo.—Madrid.
"Doro la de Atocha".—Madrid.
Jesús Rabuñal.—Coruña.
"Gordito".—Huelva.
Antonia Giner Navarro.—Valencia.
Conchita Rico.—Manresa.
Pedro Sebastián.—Torrelavega.
Victoria de Perabia.—Barcelona.
Francisco Jiménez C.—Granada.
Manuel Tovar.—Carabanchel.
Manuel Heras.—Reinosa.
V. Torregrosa.—Cáceres.
"Una Choquera".—Madrid.
"Gillet".—Masnou.
Modesto Gracia.—Barbastro.
Inés Rodríguez.—Madrid.
José María Cañellas Targas.—Barcelona.
Ricardo Rozas.—Llanes.
José Sáez.—Soria.



Modelo de baños para familias...
(De Pele Mele.)

Artísticas fotos

Colecciones de seis series de 10 artísticas y atrayentes fotos cada una.
Cada serie de estas 10 fotos tamaño 8 + 14, ptas. 10.—Las seis series juntas, en total 60 fotos, sólo 50 ptas.

Hay una serie especial compuesta de 36 magníficas fotos en miniatura, tamaño 2 + 5 cm. ptas. 10.—Clisés de una limpieza absoluta.—Ilusión completa de la realidad.—Posiciones artísticas.—Envío franco en sobre certificado contra giro postal internacional o cheque sobre París. La administración de correos no acepta envíos contra reembolsos para España.

Blondel Editions

1, Rue Bondel, 1.—PARIS

Don Escolapio, Don Floro, Gerinelda, Rodriguito, Roberto el falso, Roberto y el gramófono

Si cuando nace un infante nos fuera posible descubrir en él al futuro hombre de negocios, médico, comediógrafo, etcétera, etc., algún indicio de timidez, debiéramos machacarle la cabeza con un mazo de apisonar el adoquinado. Viene esto a cuento, amables lectores—y quienes, como nosotros, lleven constantemente en el rostro la amapola de la corteidad de genio, nos comprenderán—, porque desde el año 1800 y pico de nuestro nacimiento venimos padeciendo una insoportable poquedad de ánimo que, innúmeras veces, nos colocó en situaciones tan ridículas como violentas. La última fué, y dicho sea vulgarmente, de las que traen cola. Hagamos punto y aparte para, con todo lujo de detalles, contársela a los lectores que deseen conocerla.

Fué el caso que, una mañana, caminábamos en dirección a la oficina, cuando vinimos a dar de manos a boca con un señor grueso, de aspecto bonachón, en quien creímos descubrir los rasgos fisonómicos de Don Escolapio. Don Escolapio había sido nuestro profesor de francés cuando nos preparábamos para el ingreso en la S. A. "La Tortuga", y conservábamos de él un recuerdo grato y casi perfumado, como los cuentos ligeramente picarescos que tantas veces nos narrara en francés, con el único y buen deseo de enseñarnos las palabras más recónditas y expresivas del idioma de Molière y Maurice Chevalier.

Fuimos los primeros en llevarnos la mano diestra al sombrero, al tiempo que nos destocábamos, saludando.

—Buenos días, monsieur.

Correspondiéonos el presunto Don Escolapio con igual corrección y gentileza, y una sonrisa afectuosa se dibujó en sus labios.

Seguimos nuestro camino, satisfechos de la resolución que desplegábamos aquella mañana, recordando, a continuación algunas de las narraciones antes citadas. ¡Aquella de la viuda Larirondelle!... Sonreímos. Después, suspiramos. ¡Qué tiempos aquellos!...

Un reloj gigantesco, con sus flechas indicadoras que marcaban las nueve menos quince minutos, parecía señalarnos el camino de la oficina. Apretamos el paso. Don Escolapio fué borrándose, poco a poco, de la pantalla de nuestro cerebro.



(Dib. SILENO.—Madrid.)

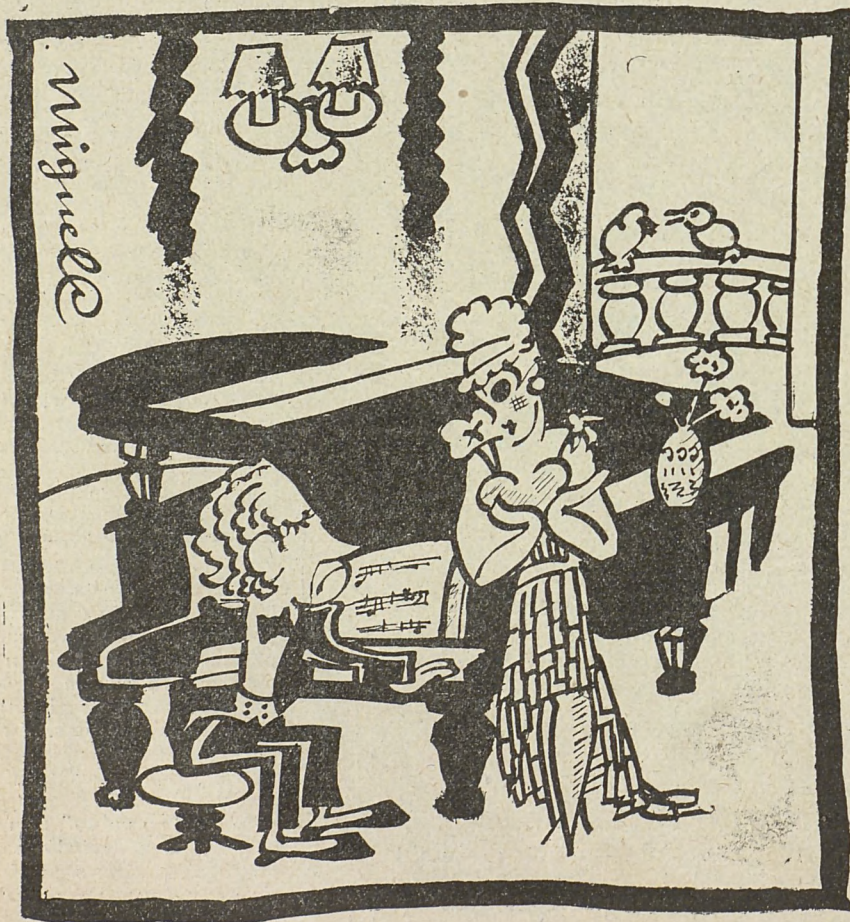
Nadie osará poner en duda la afirmación que vamos a sentar y que acaso parezca a nuestros lectores los dos primeros versos de una copla. "Desde el nacer al morir, todo es rutinario en medio." Rutinaria nuestra vida monótona. Por rutina vamos siempre al mismo café, a igual hora, y encontramos a los mismos parroquianos y a Pedro o a Juan, los camareros de todos los días. Por rutina llegamos al mismo paseo a tomar el sol, cuando las nubes—únicas no rutinarias—nos lo permiten. Por rutina acudimos a la misma peluquería, recorriedon, a veces, largas distancias, cuando tan fácil nos sería penetrar en la primera que encontráramos a nuestro paso. Por rutina, en fin, llegamos hasta amar. A nadie extrañará, pues, si decimos que por rutina—no porque nos pareciera más corto el trayecto—marchábamos siempre a la oficina por idéntico camino, es decir, recorriendo las mismas calles y hasta nos atrevemos a asegurar, sin temor de equivocarnos, que pisando las mismas piedras de las aceras.

Quiso, pues, la rutina que desde la mañana en que saludamos por vez primera a Don Escolapio utilizase éste el mismo camino que nosotros, si bien en dirección contraria, y, por tanto, que nuestras múltiples obligaciones se vieran aumentadas en aquélla de saludar afectuosamente al antiguo y versallesco profesor. Y nada viniera a turbar nuestra paz interior, si otra mañana, ésta festiva, no hubiésemos tropezado con "un nuevo" Don Escolapio, que nos saludó graciosamente. Quedamos perplejos, sin saber, con certeza, cual de los dos era el apócrifo. Porque si nos remontáramos a los dorados días en que conocimos a nuestro galante profesor, el segundo Don Escolapio pare-

cía el verdadero, el auténtico. Pero ¿era posible que se conservase tan esbelto como antaño? ¿Cabría imaginar que no hubiese engordado ocho o diez kilogramos, como nosotros? Suponiendo este posible aumento de peso era por lo que habíamos creído reconocerle en el falso Don Escolapio. ¿El falso? Sí, ciertamente. Ya podíamos asegurar que el señor a quien veníamos saludando todas las mañanas con escrupulosa puntualidad, era—¡qué espanto!—el “amigo desconocido”. Temblamos, mientras un escalofrío nos cosquilleaba el dorso. ¿Quién podía ser aquel señor? ¿Con quién nos confundía? Porque no cabía duda que él también nos equivocaba con alguien. Es decir, que teníamos dos personalidades; una, la nuestra; otra, la que él nos colgaba, igual que nosotros le habíamos colgado hasta aquel día la de Don Escolapio. ¡Ah, si hubiéramos sido comediógrafos, qué obra de vanguardia habríamos sacado de aquella equívoca y misteriosa situación!... Pero nosotros éramos burócratas, y sólo po-

díamos imaginar que, a la mañana siguiente, nos encontraríamos, como de costumbre, con el falso Don Escolapio y que nos veríamos obligados a saludarle. Porque ¿valía la pena de cambiar de camino? No, por cierto. Además, debíamos admitir la posibilidad de tropezarnos con el buen señor en el café o en el teatro el día menos pensado, y entonces tendríamos que reanudar la comunicación. De ningún modo. Lo más acertado era dejar de saludarle. Eso mismo. Con bajar la cabeza, asunto concluido. Que pensara de nosotros lo que le viniera en gana.

A la mañana siguiente, salimos de casa con la cabeza inclinada sobre el pecho. De este modo pensábamos evitar la inquietante visión del apócrifo Don Escolapio. Mas, a los pocos pasos, nos encontramos encerrados en el círculo de sus brazos.



—Maestro; acompáñeme la sonata en “mi”...
—¡Ay, señorita... en “mi” no confíe!

(Dib. MIGUEL.—Madrid.)

—¡Caramba, amigo Roberto!—nos dijo, sonriendo—. ¿Va usted dormido? ¿Pensativo, acaso? ¿Le ocurre algo? Como todos los días me saludaba usted, y hoy, no...

—No, no...—repetimos maquinalmente. Nos había llamado Roberto. Ya sabíamos con quién nos confundía, con Roberto. Pero ¿Roberto qué? ¿Quién era Roberto?

—Es que...—tratamos de disculparnos, bajando la voz—hemos pasado mala noche.

—Ah, vamos—exclamó—. ¿Está mala Gerinelda? ¡Siempre tan delicada!...

—¿Gerinelda?—preguntamos, del mismo modo que pudimos haber dicho Rosalía, Pepa o Lola...

—Sí, hombre; su mujer.

—No, no, señor...

—¿El niño, entonces? ¿Rodrigoito?

El falso Don Escolapio no se conformaba, como nosotros, con trastocarnos la personalidad, sino que además cambiaba la de nuestra familia. Teníamos mujer y un hijo. ¡Y nosotros sin enterarnos! Debimos aclarar aquella enojosa situación, lo comprendemos, pero nuestra maldita timidez nos impidió hablar. En aquel crítico instante sonaron nueve campanadas, y ellas contribuyeron a no desenredar la madeja de nuestra personalidad. Huímos, aturdidos. Pero no sin que antes nos recomendara nuestro apócrifo ex profesor:

—A ver cuándo van ustedes por casa. Desde que supimos que se había usted casado, tanto mi mujer como yo, sentimos vivos deseos de conocer a Gerinelda y a Rodrigoito. Prométame que irán cualquier día.

La última frase la oímos a varios metros de distancia.

Seguramente nos creerán los lectores si decimos que desde la mañana siguiente cambiamos nuestro itinerario callejero por otro completamente opuesto. Pero a pesar de ello, y aunque la tranquilidad parecía haber renacido en nuestro ánimo, comprendimos—acaso por temor subconsciente de encontrarnos de nuevo con el falso Don Escolapio—que debíamos casarnos. Más tarde o más temprano acabaríamos haciéndolo; luego ¿qué importaba la fecha?... Y una vez decididos a matrimoniar, ¿por qué no buscar una esposa cuyo nombre fuese Gerinelda? Ya suponíamos que sería difícil encontrarla. Difícil, pero no imposible. Decididos a no perder el tiempo en la búsqueda de nuestra futura Gerinelda, insertamos un anuncio en un diario popular, redactado en los siguientes térmi-

nos: "Caballero honorable desea contraer matrimonio rápidamente con señorita Gerinelda de nombre, con objeto de ser padre de un Rodriguito. Seriedad absoluta. Inútil dirigirse sin estos requisitos. Continental "Veloz", etc., etc..."

Pasados algunos días, recibimos una única carta. ¡Había una Gerinelda! Temíamos que no la hubiera.

Al mes siguiente nos unimos a ella en indisoluble lazo.

—Ahora, Gerinelda mía—dijimos—a cumplir lo prometido.

—¿Y si fuera niña?—nos preguntó, ruborosa.

—¡De ninguna manera!—protestamos—. Es preciso que se llame Rodriguito.

—¿Tanto te gustan los niños?—preguntó.

—Le gustan a Don Escolapio—concluimos.

Y, naturalmente, no nos comprendió.

Quiso la rutina que al año siguiente de nuestro matrimonio fuésemos padre de un robusto niño, al que inscribimos y bautizamos con el nombre que puden los lectores suponer. Y ya completamente felices, nos reintegramos a nuestro antiguo camino, con la cabeza erguida y la sonrisa temblando en los labios. Pero pasaban los días, y el falso Don Escolapio no daba señales de vida. "¿Será posible—pensamos—que se haya muerto, o, simplemente, que haya cambiado de camino?" ¡Tendría gracia! ¿Y para eso nos habíamos casado y tenido un hijo? Desalentados, recordamos que en España no se hallaba establecido el divorcio.

Por fin una mañana recobramos la tranquilidad. Don Escolapio el apócrifo acababa de dar la vuelta a la esquina. Corrimos hacia él.

—¡Querido amigo Roberto!—nos dijo—. ¡Cuánto tiempo sin verlo! ¿El niño, acaso?

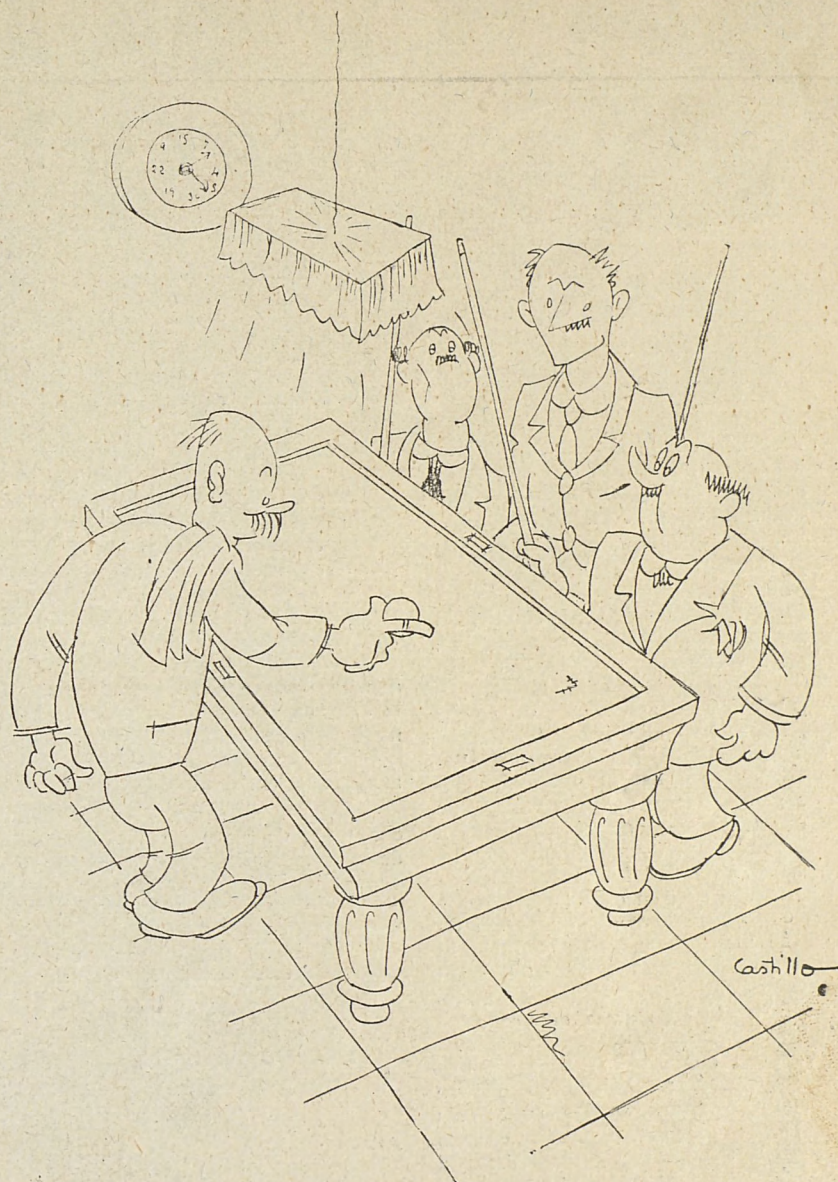
—No—replicamos, orgullosos del nombre que nos disponíamos a pronunciar—. ¡Gerinelda! Hemos estado en el campo. Ya está bien.

—¿Y Rodriguito?

—¡Precioso! ¿Cuándo quiere usted que vayamos? ¿Mañana? ¿El domingo?

—Eso. Mejor, el domingo. Les invito a comer. Lleven ustedes el gramófono, con cincuenta discos. Ya sabe usted que sólo me gustan los fandanguillos. Ah, nos hemos mudado. Ahora vivimos en la calle de Calvo Sotelo, número 101.

Nos despedimos hasta el próximo domingo. Quedamos temblando. Una nueva complicación se abría a nuestros pies, como zanja de cualquier calle madrileña. En fin, todo se arreglaría gracias a las pesetillas que teníamos ahorradas y que serían invertidas en el gramófono. ¡Y menos mal que a Roberto no se le había ocurrido adquirir una pianola!...



El camarero.—Hoy tendrán que jugar los señores con una bola, porque están arreglando las otras dos.

(Dib. CASTILLO.—Madrid.)

Llegó el domingo. Y con él la visita al falso Don Escolapio. Gerinelda llevaba al niño en brazos. Y nosotros, el gramófono.

Una criada nos detuvo en la puerta del piso.

—Ya se están ustedes largando—nos dijo—, si no quieren ustedes que salga Don Floro y sea peor. El verdadero don Roberto, su señora Gerinelda y su hijo Rodriguito están dentro, comiendo.

—¿Y no han traído el gramófono—preguntamos, asustados.

—No; no, señor.

—Pues tenga usted—dijimos, entre-gándose a la fámula—. Dígame usted a

Don Floro que nos perdone y que se lo regalamos. Precisamente los fandanguillos nos empiezan a molestar...

Gerinelda no ha comprendido, ni comprenderá nunca, el porqué no llegamos a hacer aquella visita. Y, claro, no hemos podido explicárselo. ¡Tiempo perdido! Con lo fácil que nos hubiera sido unirnos a cualquier María o Pilar, o no unirnos...

PABLO TORREMOCHA

BAMBALINA

DIABLAS Y TRASTOS

DIALOGO ENTRE DOS HOMBRES MEDIANAMENTE HABITADOS

—Pues señor... ¡qué mundo este!... No podemos los hombres entendernos por esfuerzos que hagamos, está visto... Me acabo de encontrar a un amigo excelente.

—¡Esagerao!

—¿Cómo dices?

—Que no puedes haberte encontrado un amigo excelente... Encontrarse un amigo ya es difícil, pero ¡además excelente!

—¡Qué frases aprendeis, vaya por Dios, los asiduos al viejo teatro!...

Los estúpidos del siglo XIX y sus herederos actuales, han estado creyéndose los pobres, que para ser profundo un pensamiento tiene que ser escéptico a la fuerza... "A mí—decían antiguamente—nadie me la da" La superioridad de un hombre estaba en eso: en que nadie se la daba, y para eso lo mejor era no creer en nada, porque no apostando ni por esto ni por lo otro, no había modo humano de tirarse planchas. Y así adoptaron la actitud de seres que sonreían con desengañada condescendencia, ante las ilusiones de la vida... Pero ¡lo que son las cosas!, estos hombres que en nada creían, creían en las frases, sin embargo. Como no estuvieran soltando cursilerías sangrientas y sarcásticas a costa de la inocencia, del honor de la mujer y del Supremo—entendiendo por Supremo, al Hacedor, no al Tribunal!—no podían vivir satisfechos. Cuando un hombre de este tipo, conseguía encontrar un frase que dijera, v. gr.: "El mundo es un embuste redondo que da vueltas", se quedaba tan contento. En el teatro ha tenido esa tendencia consecuencias funestísimas porque nació la costumbre de creer que una comedia era preciosa en cuanto estaba "esmaltada"—se decía así: "esmaltada"—de pensamientos profundos; y se creía que los pensamientos profundos eran todas esas cosas de "¿Un amigo?... No, gracias: tengo un perro; es mucho más económico y más fiel" "Creí, mujer, que eras muñeca vacía y me engañaste... ¡Tú siempre, siempre engañas... ¡No

estás vacía; no: lo he comprobado; tienes en el lugar del corazón un frasco de perfume!..." Las gentes incapaces de leer se libraban de aprender en los libros estas vaciedades; pero iban al teatro; y como allí a cada sansez de ese calibre oían que uno o muchos gritaban "¡Bravo!"... "¡Bravo!"... acababan por creerse—si es que ellos de por sí no se lo creían por las buenas—que aquello era, en efecto, profundísimo y la comedia admirable... Así que a mí no me vengas con teatralerías de recuelo...

—Te habías encontrado—me decías—un amigo excelentísimo.

—Exacto, si señor: buena persona, excelente, de gustos bien orientados y de criterio artístico en su punto.

—¿Y qué?

—Charlamos con frecuencia de teatro—él es dramaturgo.

—¡Claro!... Eso ¡ni que decir tiene!...

—Y siempre que de eso hablamos me dice que el teatro está estancado; que el ambiente español del teatro padece morasmo y parálisis; que no salimos nunca de sota, caballo y rey y que eso no es posible; que aunque no salgamos de rey que salgamos del caballo y de la sota; y, en fin, como siempre ocurre, termina con las palabras de ritual "Hay que hacer algo"...

—¿Y qué?

—Pues nada, que anoche parece ser que estuvo en la Zarzuela viendo a María Montoya estrenar la obra de Alberti *El hombre deshabitado*. Y al preguntarle nosotros "y qué, vamos a ver, ¿qué es lo que ha pasado en el estreno?", va y dice, entre otras cosas: "Pues que dijo, adelantándose al proscenio, que daba las gracias a la Compañía toda por haberse atrevido a estrenar aquella obra en medio de la barbarie reinante de los públicos"; y que él se sintió, cuando lo oyó, personalmente ofendido.

—¿Qué me dices?... Pero ¿es qué la barbarie es una ofensa? ¿en qué quedamos? yo, tenía entendido que la palabra ofensiva era la de "decadente".

—Los extremos se tocan, compañero: ni decadente, ni bárbaro: civilizado, es mejor.

—¿Estás seguro? ¿No estamos hoy nosotros, los más civilizados, estudiando las civilizaciones primitivas y marchandonos a vivir con los salvajes, porque parece que es allí donde está la vida pura?... Yo al menos en las películas he visto...

—Yo lo que estoy viendo, viejo, es que por este camino no vamos a poder acabar nunca de referir lo de Alberti.

—Tu ¿Quieres hablar de Alberti? ¡No lo sabía!

—Quiero hablar del estreno de su obra.

—¡Como hablabas de tu amigo!

—Mi amigo era un parte del estreno: una diezmilésima parte de la diosa.

—¿De qué diosa?

—De la diosa Opinión. Una de las cabezas del monstruo de mil cabezas: del

OROCREMA
ALMENDRAS

EL JABON POPULAR
ESMALTACE LA PIEL



LOS
PERFUMES
DE TASARA
BADALONA



Público Respetable. Y esta cabeza se sentía faltada en lo respetable porque se creía aludida e incluso en lo de barbarie...

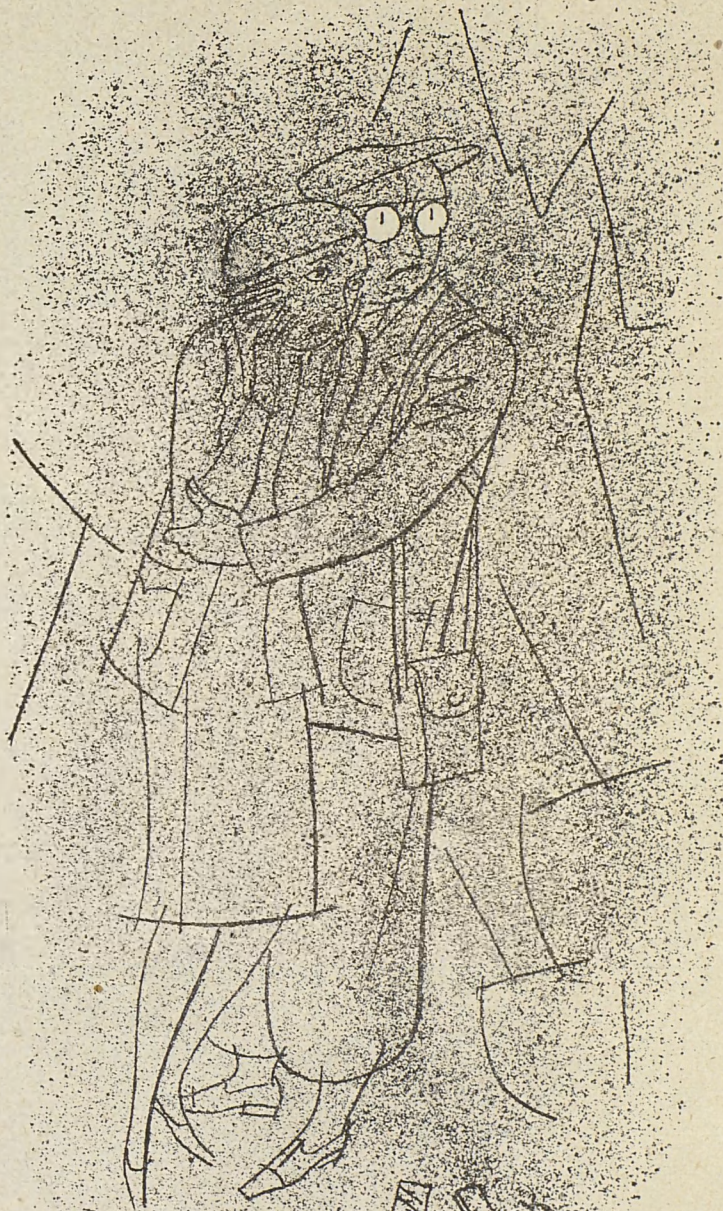
—Un error de tu amigo, y que perdón: la barbarie es de lo poco, de lo poquitito que hoy seguimos respetando en este mundo... A todo se le falta hoy el respeto, pero ¡a un bárbaro!...

—¡Verdad!... pero mi sorpresa no es esa; mi sorpresa proviene de ver que mi amigo se ofende y protesta cuando ve que Alberti grita aquello mismo que él está—más en voz baja y en privado, pero está—diciendo a todas horas.

—Dispensa, no es el público el culpable de las culpas que pueda más o menos tener el teatro de ahora; es el empresario; el cómico que influye en el empresario; el dueño de la finca que influye en uno y en otro; el amigo, el periodista, el camarero del café que influyen en el dueño de la finca. Son culpables más bien los periódicos y los dramaturgos mismos que suelen hablar al público de un modo—o de una serie de modos—que no hay forma de entenderlos... Al público no se le educa, ni se le aconseja, ni se le orienta; se le desconcierta más bien, dándole gato por liebre lo mismo cuando le dan teatro clásico que cuando le dan teatro actual, sea de derechas o de izquierdas... El público no es un bárbaro, es un menor de edad...

—Ya, ya... Pues eso es lo raro... Que tú que piensas eso, y mi amigo que piensa igual, creen que lo de "barbarie" es un insulto y no lo vuestro... Lo vuestro, sin embargo, es mucho peor que todo. Vosotros estáis siempre tratando al pobre público como si fuera un doctrino de primeras letras y habláis llenos de solicitud, de admirarlo, de alentarle, de guiarlo, como a cualquier niño chico; pero como resulta que en el público no hay nunca niños chicos,—y si hay por casualidad, alguno que otro, lo echan—tratar a toda esa gente como a niños de la escuela, faltos de dirección y educación, es como tratarlos, nada menos, que de retrasados mentales... Y entre llamar bárbaro a un hombre o llamarle deficiente es menor insulto lo primero...

—Eres un sofista insidioso y malévolo y traidor... Puede la entidad llamada "público" estar necesitado de instrucción y estar en cierto retraso con arreglo al progreso de las artes o las ciencias y no haber, uno a uno, en ese público un solo deficiente. Puede, pues, ser bárbaro el público sin que puedan, uno a uno, darse individualmente por aludidos de barbarie... Desengáñate, que está la cosa clara: si nos lamentamos de la marcha del teatro, es que puede un teatro indeseable subsistir perfectamente; y si subsiste, subsiste porque hay un público

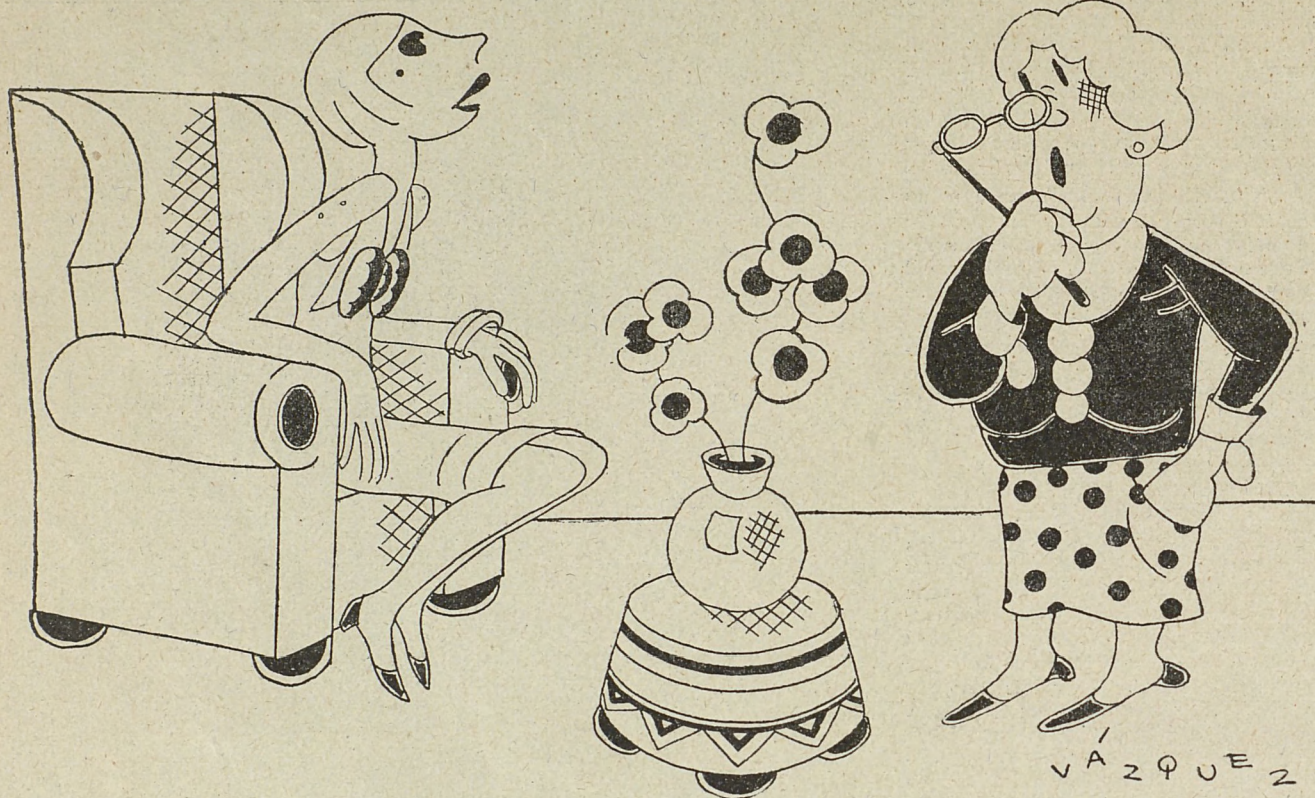


B e r n a d / 30

—¡Sin luz será imposible salir de aquí!

—¡A ver, Pedro, tú que tienes ideas luminosas!

(Dib. BERNAD.—París.)



—¿Estás completamente segura que Pepe se va a cazar?
 —Segurísima.
 —Pero siempre vuelve sin nada.
 —Eso me demuestra que va.

(Dib. VÁZQUEZ.—Madrid.)

que con su asiduidad lo sostiene. Ese público, por tanto, habrá de ser calificado como quieras, pero siempre con epíteto en su contra...

Y entre todos los epítetos que se puede dedicar a una masa, la de barbarie es la menos ofensiva... El bárbaro es un extraño, nada más, si lo tomas en erudito; y si lo tomas en vulgar es un hombre que no entiende ni se ocupa de refinamientos mentales pero susceptible, al fin y al cabo, de ser civilizado...

—El público del estreno en la Zarzuela creo que aplaudió en gran parte: no es justo, por lo tanto, en este caso arremeter contra el público.

—El público en general, no es nunca jamás, pollito, el público de una noche. Para valuar a un público hay que saber si ese público es capaz de acudir doscientas noches a una ordinareiz ramplona y no es capaz, en cambio, de acudir ni quince noches a un espectáculo honroso. Es probable que a estas horas no esté ya en los carteles del teatro *El hombre deshabitado*, porque a la segun-

da noche el deshabitado era el teatro, a más del hombre. Y eso, no; que no haya en todo un público, un mínimo de curiosidad suficiente para ir a ver si vale o si no vale la obra de un poeta como Alberti, uno de los poetas primeros del grupo de artistas mejor que tiene hoy la juventud en la actualidad artística de España, eso es barbarie positiva.

—Y qué ¿vale o no vale? Porque tú me hablas de todo, pero de la obra que si quieres!

—Pues vale, si señor... Vale y no poco... El planeamiento de la obra está bien concebido; el propósito excelente; la distribución plástica, feliz; los hallazgos poéticos abundantes; el "juego" escénico ha encontrado variaciones sugestivas; y todo ello respira alto afán y una inspiración poética del más noble abolengo y de la más auténtica estirpe.

—De modo que ¿es obra redonda?

—¡No!... No es *El Teatro del Mundo* ¿ese si que es redondo, el Mundo y el Teatro del Mundillo, del mundillo teatral contemporáneo, y eso no es poco, no es

poco... Lo que pasa es que una obra teatral y más de esa condición es algo tan profundamente hondo, exige tanta densidad, tanto rigor en la realización, que para lograrlo del todo no basta poner los cinco sentidos en la obra.

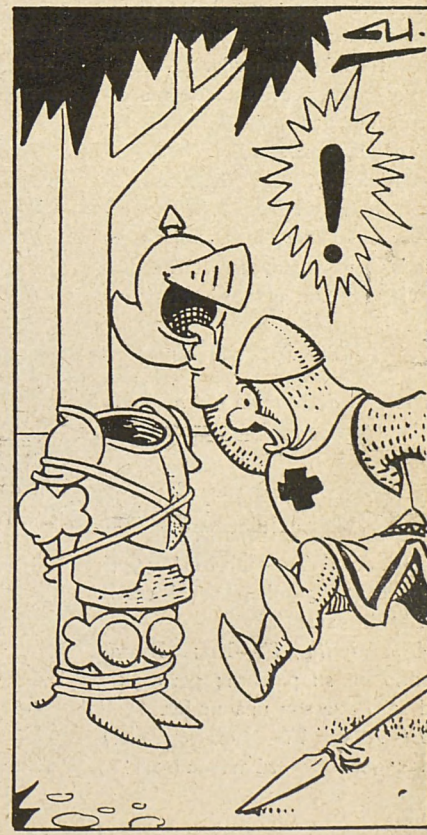
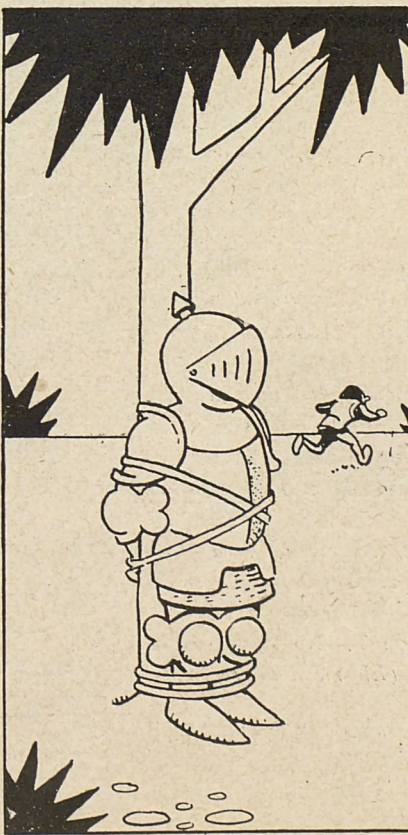
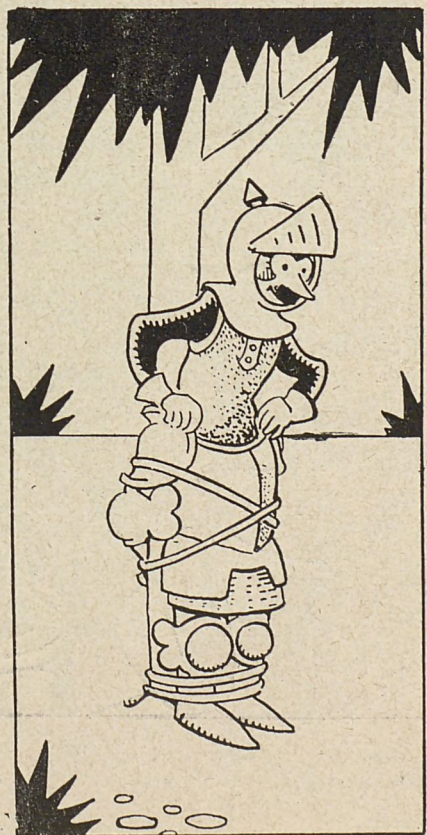
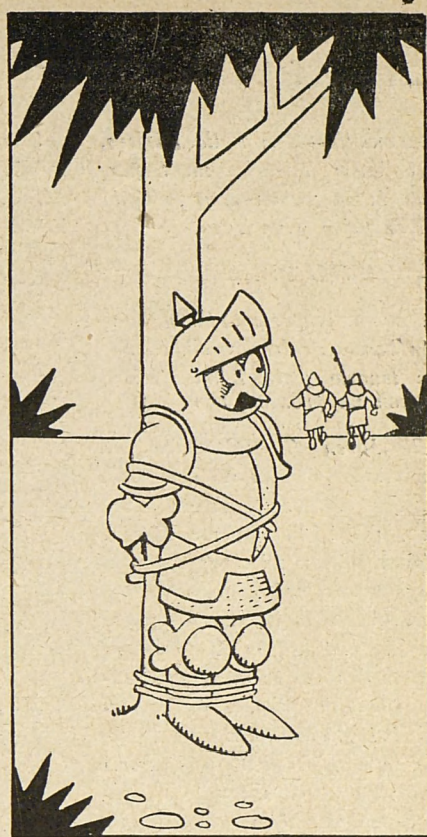
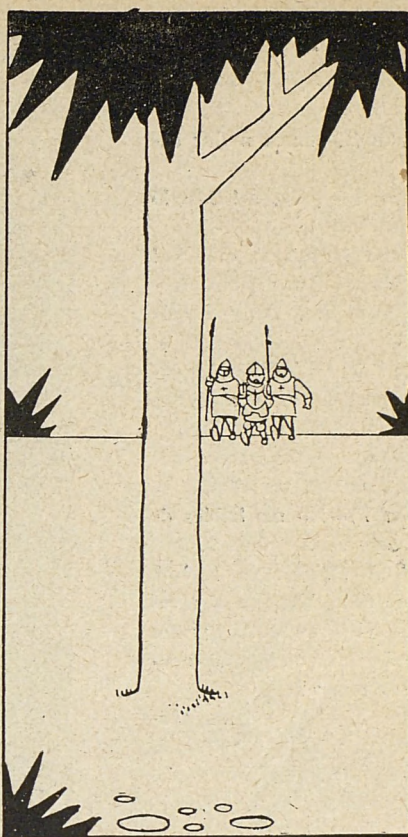
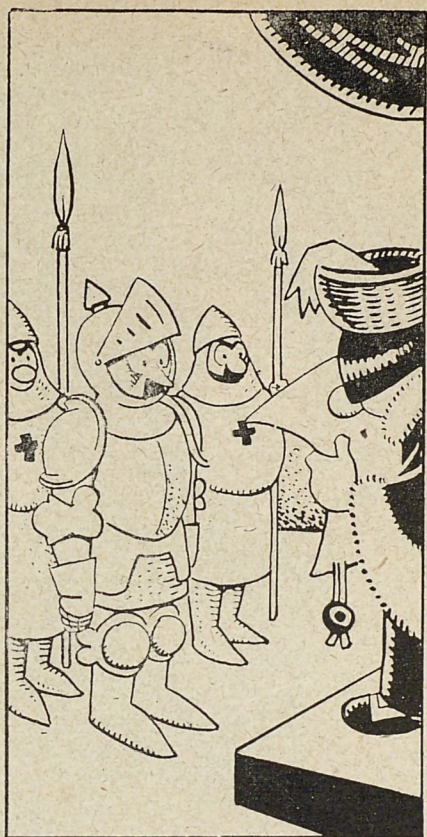
—En el reparto de la obra figuran los cinco sentidos...

—Y en la obra aparecen, en efecto... Pero hace falta un sentido más profundo, el sentido de un poema filosófico, que está solo apuntado en la obra...

—¿Y de la Compañía?

—¡No me hable!... María Teresa Montoya está muy bien, pero ¡los demás!... qué declamación! ¡qué entonación—o que tonillo—poético!... ¡qué desconocimiento de las actitudes y del ritmo en el juego de la obra! Este teatro alegórico, en donde la plástica juega una preponderancia capital es un teatro que suele hacerse por aquí todo lo mal que podemos...

MANUEL ABRIL.



HISTORIETA MUDA

Dib. Urba.—Barcelona

El «castigador castigado»

PERSONAJES.—Una Bella Viajera, el Joven Tenorio, un Señor, un Mendigo, un Empleado de Telégrafos y un Tren.

ACTO PRIMERO

La escena representa una estación barata de ferrocarril. El Joven Tenorio y la Bella Viajera esperan un próximo tren.

El Joven T.—¡Caramba, caramba! La damita no está mal, no. Por el aspecto, debe ser casada. ¡Oh! Cuánto me alegro. ¡Con lo que a mí me gustan las mujeres casadas! Digo, y que se tima que es primor... Ahora se sonríe. (El Joven Tenorio se aprieta el nudo de la corbata, para estar más bello, y en su nerviosidad se aprieta tanto, tanto, que se halla a punto asfixiarse.) Nada, nada, que me acerco. (Saca de un bolsillo un librito y lo ojea rápidamente; es el manual del perfecto conquistador. Se aproxima a la Bella Viajera.) Perdón... Tiene usted las mejillas de un color maravilloso..., sobre todo la izquierda. Escuche; es usted tan preciosa, que me están dando ganas de darle un beso en una muela. (Se retira prudentemente, para observar el efecto que producen los requiebros. La dama sonríe.) ¡Ya es mía! ¡No hay quien se me resista! ¡Soy un castigador!

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior, pero ya algo más despinada.

Una Bella V.—De modo que, ¿dice usted que me ama?

El Joven T.—¡Oh, sí! ¿Qué duda cabe? ¿Quiere usted certificado de garantía?

Una Bella V.—No; Basta. Confío en su palabra; pero ¿usted sabe que soy una mujer...?

El Joven T.—(poco galante.) ¡No; que es usted un guardia!

Una Bella V.—...una mujer casada?

El Joven T.—¡Ah, sí! Me lo había figurado.

Una Bella V.—¡Qué cinismo! ¿Y tiene la osadía de cortejarme? Por lo menos, haber fingido ignorancia.

El Joven T.—Discúlpeme, pero... el amor es muy atrevido. (La da un pellizco.)

Una Bella V.—Me parece que te vas a ganar una bofetada.

El Joven T.—No me hables de cosas tristes. Déjate querer.

Una Bella V.—Sí, es verdad. Después de todo, hay que aprovecharse; la vida es corta. ¡Sabe Dios cuando nos veremos de nuevo! ¡Acaso nunca!

El Joven T.—No, eso no. Mucho antes.

Una Bella V.—Es imposible. Tú llevas un camino opuesto al mío: vas a Valencia, que es la tierra de las flores; yo, a Bayona. Además, entre nosotros se alza una barrera infranqueable: mi marido, que por cierto no tardará en llegar. Se ha quedado facturando el botijo.

El Joven T.—¡Por San Vito! ¡No pronuncies esa palabra delante de mí! ¡No me seas infiel! ¡Mira que no juego!

Una Bella V.—¡Cielos! ¡Tienes celos!

El Joven T.—Sí; no lo puedo remediar, pero los tengo. (Se acerca un Mendigo.)

Mendigo.—Una limosnita, señor; aunque solo sean tres pesetas para ayuda de la manicura. (El Joven Tenorio rebusca en los bolsillos del pantalón, y como no encuentra calderilla, saca una pieza de cinco pesetas y... se la vuelve a guardar otra vez.)

El Joven T.—No tengo suelto, pariente (El mendigo se marcha.)

El Tren.—¡Piii... pi..., pi..., piii...! ¡Fu..., fu..., fu, fu!



—Mi novio es ese tan guapísimo de la izquierda.
—¡Qué suerte, chica! En cambio el mío es «del montón».

Dib. Garrido.—Madrid.

Una Bella V.—Ya viene el tren. Me parece que esta separación nuestra va a ser definitiva.

El Joven T.—(Con desesperación.) Pero, ¿por qué?

Una Bella V.—¡Oh! Por si se entera mi marido... Mira, por allí viene. Es aquel del bigote grande.

El Joven T.—¡Caray, que bigote! ¡Parece un felpudo!

Una Bella V.—(Abrazándole.) ¡Adiós! ¡No te acuerdes de mí!

El Joven T.—(Haciendo pucheritos.) ¿Para qué me dices esa? No seas ingrata; dame algún recuerdo tuyo.

Una Bella V.—¿Un recuerdo? Toma, un retrato mío al pastel. (Abre el bolso y le entrega un retrato.)

El Joven T.—¡Qué bonito! Una miniatura en tamaño natural. Este pastel me lo como yo a besos. (Lo besa tantas veces, que lo agujerea.)

ACTO TERCERO

La escena representa el pasillo de uno de los vagones de un tren de la línea de París a Navacarrero.

Una Bella V.—Se necesita querermme para arrostrar tanto peligro como te acecha. ¿Tú sabes por ventura dónde te has metido?

El Joven T.—No; a mí Ventura no me ha dicho nada. Yo te quiero y desprecio todos esos peligros.

Una Bella V.—Te lo agradezco; pero al mismo tiempo temo por tí. Si mi marido llega a darse cuenta de esto, con lo animal que es, ten por seguro que nos hace «foie-gras». Ahora mientras permanezcamos en el pasillo, no hay cuidado; pero luego en el departamento... ¡Dios mío! ¡Mucha prudencia! Bueno, yo me marchó ya, no sea que se escame. Dentro de un rato vas tú.

El Joven T.—Entonces hasta luego, vida.

Una Bella V.—¡Adiós, cielito! (Se pone el tren en movimiento.)

El Joven T.—Esto marcha sobre rieles. Ha prometido fugarse conmigo esta noche, aprovechando el sueño de su esposo. ¡Y que la niña lo vale! Cuando me case..., ¡paf!, la patada. Está visto: ¡Soy un castigador! (Se dirige al departamento donde está ella con su marido. Este es un señor corpulento, con unas manos tan grandes, que muy bien puede lavarse la cara con un solo dedo. Ronca con estrépito de gramófono. La Bella Viajera y el Joven Tenorio se hacen una seña y salen del departamento de puntillas y cogidos de la mano. En la primera estación se apean.)

El Joven T.—Doy gracias a Dios por habernos salido todo saen este pueblo, y mañana el primer tren nos llevará a la Alcarria, donde nos espera nuestra luna de miel.

Una Bella V.—¡Qué felicidad tan grande! ¡Toda la vida contigo!

El Joven T.—(Pensativo.) Claro, pero... ¿Y si tú marido despierta y moviliza a la policía creyéndote víctima de algún accidente?

Una Bella V.—Es verdad, más... tengo una idea. Toma la maleta. Voy a poner un telegrama diciéndole que no me espere nunca; que me voy con otro hombre a quien adoro.

El Joven T.—¡Hombre! Eso está bien (Coje la maleta mientras ella desaparece.) ¡Pobrecitas mujeres, como las engañamos!

Una Bella V.—(Dirigiéndose a un empleado de Telégrafos.) Haga el favor de cursar un telegrama con el contenido de este papel. (Le da un papelito y dinero. Se marcha.)

Empleado.—(Leyendo.) «Papá: cayó un primo. Vente estación convenida, cura, testigos, notario y garota. Tío desempeñó papel marido admirablemente. Tú hija.»

TELON

FAUSTO DE LA POZA SAENZ

Petición de mano

Atardecer en un hogar lugareño. ¡Lindo cromol!

Muros enjalbegados en tono ocre, sillales de anea, cazuelas y pucheros de cobre bruñido... Jamones y chorizos cuelgan de las crucetas del techo. ¡Bella ornamentación!

Una hoguera, alimentada con paja seca y tarugos de madera, resplandece bajo la ennegrecida campana, llenando de tufo la cocina y las restantes habitaciones de la vivienda. ¡Encantos de la vida rústica!

Sentado junto a la lumbre se halla el tío Pezuño, hombre maduro. Un sirviente anuncia:

—Mi amo... Aquí viene el tío Roñica, que dice desea hablar con usted.

Cuando el criado sale de la estancia, penetra en la cocina el visitante, sujeto de edad avanzada.

—Hola, tío Pezuño.

—Buenas tardes, tío Roñica.

Como los habitantes de los pueblos nunca son conocidos por sus nombres de pila ni apellidos, sino por algún apodo, los dos ancianos interlocutores no se ofenden al oírse llamados por sus sendos mote.

El tío Roñica toma asiento. A continuación, el recién venido saca con lentitud una tosca petaca, toma un papel de fumar, extiende el tabaco y fabrica un cigarro... para sí. A su vez, el tío Pezuño, tras rebusca por sus bolsillos, logra confeccionar un pitillo... para él.

El tío Roñica, frotando ásperamente dos pedernales junto a una larga mecha amarilla, comienza:

—Estoy echando chispas, tío Pezuño... Me hallo metido en un grave compromiso... A la verdad, nunca me vi en un caso semejante.

—Acaso yo le pueda iluminar—exponen el dueño de la casa, al mismo tiempo que enciende una monumental cerilla.

—Se trata de que el Emerenciano, mi hijo único, quiere casarse con la Clotilde, su vástaga, sucesora única también.

—Y el apuro en que usted se halla es que viene a pedir su mano, ¿no?

—Eso es... Mi chico quiere contraer matrimonio dentro de un par de meses, a lo más tardar.

—Una pregunta, tío Roñica... ¿Qué es lo que aporta su hijo al casarse con mi hija?

—Idéntica interrogación formulo yo, tío Pezuño... ¿Qué dote ofrece usted a su hija al matrimoniar con mi hijo?

Los dos viejos se observan frente a frente, llenas las pupilas de sordida avaricia, en tanto pegan fuertes chupadas a los respectivos cigarros toscos.

—Doy a mi hijo los prados de El Sotillo.

—Nada valen esos terrenos...

—Aún no hemos consumido la alfalfa que allí recogimos el año anterior...

—Tío Roñica, mi efusiva felicitación por el hecho de que no hayan ustedes agotado todavía toda la alfalfa...

—Hablo en sentido abstracto, tío Pezuño. Para mí, cuanto mastican mis bueyes y mis caballos, es como si yo mismo lo comiera.

—Bien.

—Ya he expuesto algo de lo que pienso aportar por mi parte... ¿Con qué contribuye usted a la formación del nuevo hogar, tío Pezuño?

—Doto a mi hija con las tierras de secano que poseo en la ladera del Cerro.

—No acepto ese ofrecimiento. Se trata de un terreno pésimo.

—Sólo puedo decir que la temporada que sembré trigo en las faldas de tal monte ha sido el año que mayor cantidad de granos he recoleccionado.

—Yo opino, tío Pezuño, que cuando mayor cantidad de granos ha tenido usted, fué la pasada primavera, al declararse aquella terrible forunculosis.

—¡Bah!

—Insisto en rechazar la oferta. Y añadido que si persiste en semejante idea retiro la petición de mano.



—Oye Pepe; si cuando vuelvas esta noche a casa me encuentras cosiendo haces el favor de despertarme.

Dib. Pilar.—Madrid

—Vista su testarudez, cambio la propuesta. Donaré a mi hija una de mis mejores posesiones. La finca Los Umbrales.

—Eso está bien. Ahora, yo añado un lote de diez hectáreas de viñedos. Allí hemos recogido las novecientas arrobas de mosto que llevamos bebidas en lo que va de año.

—Ahora no hablará usted en sentido abstracto, ¿verdad? Todos sabemos lo entusiasta del vinillo que es usted, tío Roñica...

—Me gusta el mostagán unas miajas, no lo niego...

—Pienso que ya poseen los chicos las suficientes haciendas...

—Soy de igual opinión.

—Sólo les falta el ganado para la labranza...

—A mí entender, usted, tío Roñica, es quien debe proporcionar a la Clotilde y al Emerenciano las yuntas necesarias.

—Yo creo que esa obligación es de usted, tío Pezuño...

La nueva disputa duró más de una hora.

Ya ha anochecido por completo cuando cede el más débil de los polemistas, que es el dueño de la casa, quien, en virtud de tal acuerdo, queda obligado a facilitar al futuro matrimonio las cabezas de ganado precisas.

El tío Pezuño, a la vista de las consecuencias de la discusión, medita acogojadamente:

—Se me llevan dos bueyes, cuatro mulas y una hija... ¡Ay! ¡De cuánto ser querido tengo que desprenderme!

Por fin, los dos ancianos abandonan sus asientos y pónense de pie.

—Ya cuentan el Emerenciano y la Clotilde con qué poder casarse...

—En efecto... Los chicos tendrán los prados de El Sotillo, la finca Los Umbrales, diez hectáreas de viñas, dos bueyes, cuatro mulas...

—Tío Pezuño: Tengo el gusto de pedir la mano de su hija Clotilde para mi hijo Emerenciano.

—Tío Roñica: Me complazco en ceder a su hijo Emerenciano la mano de mi hija Clotilde.

—Me alegro que hayamos llegado a una conformidad.

—Yo también lo celebro.

El tío Roñica, seguido del dueño de la casa, va a salir de la estancia, encaminándose hacia la calle. Antes de marcharse, a modo de despedida, el venerable anciano resume:

—Desengáñese, tío Pezuño... Nada hay tan agradable como tratar de asuntos de amor.

LUIS ESTEBAN



—Dice mi señorito que los filetes que llevé ayer estaban tan duros que parecían suela de zapatos.
 —¿Sí? Pues que los hubiera usado para unas medias suelas.
 —Ya lo intentó; pero se torcían.

(Dib. SAMA.—Madrid.)

ALREDEDOR DEL MUNDO

Curiosidades y rarezas

Uno de los sitios en los que más se han notado este año las horribles inclemencias del indecente invierno que hemos padecido, han sido los Alpes Suizos.

En un pueblecito han bajado los termómetros de tal manera que ha habido que abrir pozos en el suelo para encontrarlos.

Y en otro pueblo, cercano a éste, ocho vacas suizas han estado dando leche menguada durante mes y medio.

¡¡ Atchís!!

Es una repugnantísima mentira eso que se dice de que el buey suelto bien se lame.

Yo he soltado a uno el otro día y no se ha lamido ni bien ni mal.

Ha sido denunciado a la comisión de Hacienda de París un curioso caso de defraudación cometido por la em, resaria de un circo ambulante, instalado en la feria de Saint-Denis. La susodicha empresaria, que es la famosa gigante, Juliette Perrette, fingió cesar en el negocio, cosa que naturalmente no hizo porque la iba muy bien, y mandó el correspondiente aviso a la Dirección de Contribuciones. La superchería tuvo éxito, pero al fin ha sido descubierta y la comisión de Hacienda ha resuelto castigarla con una fuerte multa que la gigante no ha tenido más remedio que satisfacer.

En París está siendo muy comentado el incidente, porque una gigante que se dá "de baja", aunque sea sólo en la contri-

bución, no es cosa que se ve todos los días.

Cuando nos llega el turno de fallecer, de una muerte más o menos decorosa, todos los mortales y la mayoría de las "mortales" hincamos el pico.

Pero hay una excepción: la de los bañiles y los peones camineros.

Que precisamente cuando se mueren es cuando no pueden hincar el pico en ninguna parte.

Y lo tiene que hincar el noble compañero que les sustituye en el tajo.

Yo siento decir todo esto, pero como es verdad no tengo más remedio.

En Jerez de la Frontera, además de producirse unos vinos que son una enajenación calenturienta, hay una propensión a la borrachera que se nota en todo al primer golpe de vista.

Y como prueba descaharrante e indiscutible de mi aserto diré nada más que lo siguiente:

Que los árboles tienen copas y los caballos cascos.

Me parece que con esto basta.

Una de las más deslumbrantes demostraciones de que en Norteamérica el feminismo se está metiendo en todo, nos la dá gratis una señorita de Filadelfia que está estudiando afanosísimamente para hacerse sacerdote a primeros del mes que viene y empezar a decir misa en cuanto la dejen.

Lo cual tiene un poco moscas a los médicos yanquis, porque la Prensa dice que esta es la primera cura seria que se ha hecho en los Estados Unidos.

El mejor específico para que desaparezcan las canas no se ha inventado todavía, aunque nosotros tenemos la esperanza de que acabará por inventarse alguna vez, porque en el mundo todo es posible, menos que el conde de Romanones regale cinco duros a un amigo, que no hay manera, ni en el mundo ni fuera de él.

Pero con el único fin de dar una satisfacción a nuestros lectores canosos, les diremos en secreto que nosotros conocemos un sistema, tan infalible como checoslovaco, para que desaparezcan las canas totalmente, brutalmente y radicalmente.

Consiste en afeitarse la cabeza.

¿Ven ustedes qué estupidez? ¡Pues no queda ni una!

Nos ha hecho muchísima gracia la noticia, un tanto vieja, que nos ha dado Pérez Zúñiga, asegurándonos por la salud de la estatua de Colón que los calzoncillos que gastaba el antiguo matador de toros Ricardo Bomba eran en verano de seda y en invierno de bombasí.

Naturalmente! ¡Y ya lo sabíamos! ¡Si hubieran sido de bomba-no, no habrían sido de Bomba.

Todas las personas que saben hablar bien llaman "justo" al hombre bienaventurado y decentísimo que no peca aunque le sobornen con ochenta duros mensuales.

El justo generalmente suele ganar el cielo, de lo que yo me alegro mucho, y suele ser muy respetado por los transeúntes, aunque poco comprendido por las señoritas del conjunto.

Ahora bien: si el justo resulta, por su desgracia, que es cojo o manco, no puede negar nadie que sea justo, pero el que quiera puede decir muy alto que no es justo y cabal.

¡Las cosas como son!

Un sabio doctor acaba de descubrir un microbio que ataca a las monedas de dos pesetas de la Revolución.

Asegura que el estrago que produce en ellas es de tal consideración que modifica su aspecto exterior y las cambia en seguida.

¡Lo que yo no he conseguido hacer en cuarenta años que llevo viviendo en este inmundo planeta! ¡Coger dos pesetas y cambiarlas!...

ERNESTO POLO



—Es un tipo muy original. Cada vez que engaña a su mujer le regala una perla.

—Y ella, ¿qué hace?

—Le ha pedido que le regale un collar.

Dib. MATESANZ.—Madrid.)

POR EL AIRE

Como hay tanta carestía
y tememos cualquier día
de la suerte algún desaire,
ya en la Corte, ya en Betanzos,
¿cómo vemos los garbanzos?
Por el aire.

¿Por qué tiene adoradores,
siendo fea, la Dolores,
y vistiéndose al desgaire?
¿Por la faz? ¿Por el color?
¿Por el pelo?... No, señor.
Por el aire.

Los toreros desgraciados,
en sus lances arriesgados,
después que lucen sus caire-
litos a todo lucir,
¿por dónde suelen salir?
Por el aire.

Cuando cae una nevada,
de noche o de madrugada
(cosa que no ocurre en Maire...

en Mairena, ni en Tetuán),
¿por dónde los copos van?
Por el aire.

Luis Gadea es un murguista
que soplando se despista.
Mas, si toca el ofricaire,
bajo, figle... o lo que sea,
¿por quién vive Luis Gadea?
Por el aire.

Los que habitan en cuartuchos
reducidos, como hay muchos,
lo cual es un mal *afaire*,
pues apenas si respiran,
¿por qué es por lo que suspiran?
Por el aire.

En Fez, Juan Pairo y Gayoso
padece un mal contagioso.
Pues bien, desde Fez a El Caire
(que es como Juan llama a El Cairo),
¿por dónde va el mal de Pairo?
Por el aire.

Malo es luchar por el mar;
por la tierra... no hay que hablar...
Pero dice bien *Lemaire*:
"Si viene una nueva guerra,
¿por dónde más nos aterra?"
Por el aire.

Mi amigo Ramón Llaneza,
para tomar su cerveza
suele ponerse al socaire
de la pared de Le Elipa.
Pero, ¿por qué se constipa?
Por el aire.

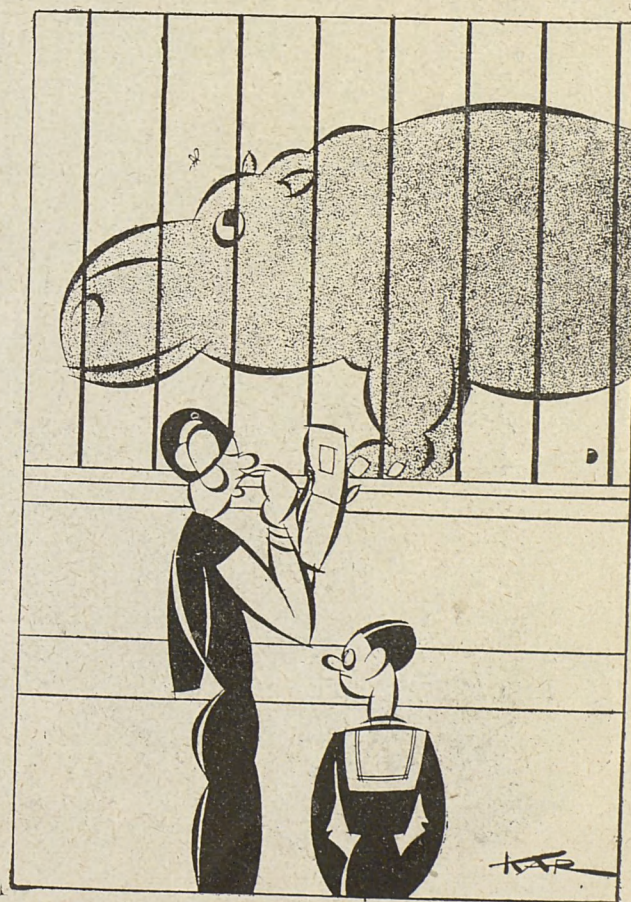
En marzo frecuentemente
"se desafina la gente"
como decía *Voltaire*.
¿Por qué, lector bondadoso,
el mes de marzo es odioso?
Por el aire.

Perdóname, en fin, lector,
y no me muestres rigor,
pues, al no ver ni un donaire
en estas estrofas mías,
¿se adonde me mandarías...
por el aire!...

JUAN PEREZ ZUÑIGA



—¿Qué, ya no estudias? ¿Te han cansado ya?
—No; el que se ha cansado es mi padre.
(Dib. SALAFRANCA.—Madrid.)



—Figúrate, mamá, la barrita para los labios que usará
la hipopótama.
(Dib. KAR.—Valencia.)



CUENTOS JUDIOS

Mayer está de contable en casa de Weil. Al finalizar el año se queja a su patrono de no haber recibido el aumento con que había contado.

—Esto demuestra, Mayer, que había contado usted mal, y como yo no puedo tener en mi casa a un contable que se equivoca en los cálculos, desde mañana queda usted despedido.

Beer llega corriendo a la estación y ve que se ha marchado el tren.

—¡Dios mío, Dios mío; con lo necesario que era para mí ir a la ciudad! ¡Es espantoso, es terrible!

Se le acerca un judío, y le pregunta por cuánto tiempo había perdido el tren.

—Por dos minutos—contesta.

—¿Nada más? ¡Y yo que creía, al oírle gritar así, que lo había perdido usted por media hora lo menos!

Blum come, desde hace mucho tiempo, en el restaurante de la señora Worms, y cada vez que le presentan la cuenta, responde invariablemente:

—Ya pagaré la próxima vez; no he recibido aún el dinero que esperaba.

Como esto se prolonga mucho tiempo, la señora Worms le dice un día:

—Ya estoy cansada de anotar lo que me debe usted, señor Blum.

—Eso tiene fácil remedio, señora Worms, y puede usted ahorrarse esa molestia.

—¿Cómo?

—No tome usted jamás nota de mis gastos en sus libros y utilice en lo sucesivo su memoria.

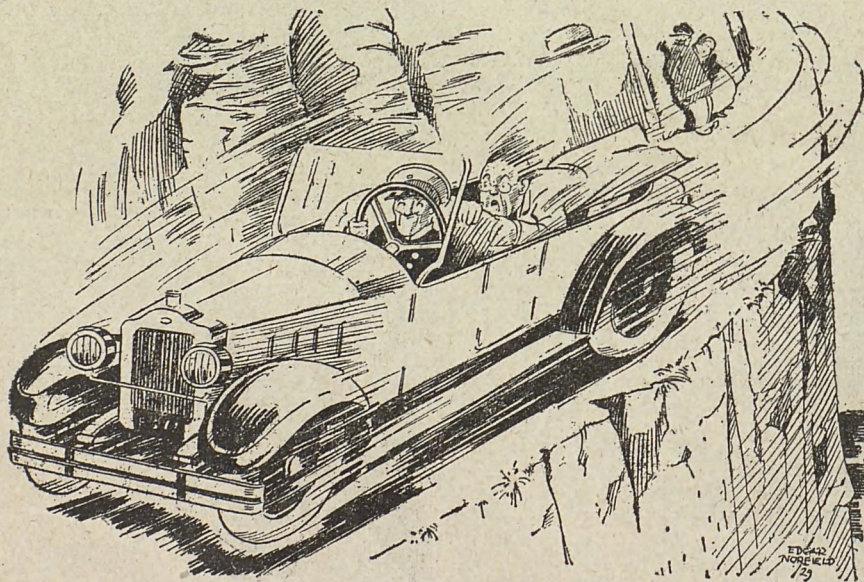
A la salida de una sinagoga, Moisés e Isaac, que se odian a muerte desde hace mucho tiempo, se encuentran cara a cara.

—¡Vamos—dice un pariente—, reconciliense ustedes!; olviden sus querellas y estréchense la mano.

Moisés e Isaac se estrechan la mano y se abrazan.

—Te deseo todo lo que tú me deseas a mí, Moisés—dice Isaac.

—¡Ya vuelves a empezar!—exclama Moisés.



El turista.—Dígame, ¿es nueva esta profesión para usted?
El chauffeur.—¡Oh, no; es la de siempre. Hasta la semana pasada he conducido la locomotora de un tren expreso, durante diez años!

(De Candide.)

Mendelé ha huído durante una gran batalla, y detenido, lo llevan a presencia del coronel, el cual le afea su conducta.

—¿Cómo es posible que hayas olvidado tu juramento de defender al Zar y hayas huído ante el enemigo? Eso es una cobardía, Mendelé.

—Mi coronel—dice Mendelé—, soy un soldado fiel y no he traicionado mi juramento. Si he huído ha sido porque odio tanto al enemigo, que no me es posible mirarlo cara a cara.

Kohn, el nuevo rico, ha sido invitado a comer, al mismo tiempo que su amigo Levy, a casa del banquero Berstein. Como Kohn desconoce las buenas maneras, Levy se las enseña.

—Dime, Levy: ¿es a la señora Berstein a quien debo preguntarle dónde está el urinario?

—¡Animal! Pregúntale dónde puedes lavarte las manos, y allí haces después lo que tengas que hacer.

Kohn sigue el consejo de su amigo, y la cosa sale bien.

Algún tiempo más tarde, vuelven a casa de Berstein.

—¿Desea usted lavarse las manos, señor Kohn?—le pregunta la señora Berstein.

—Gracias, señora—contesta Kohn—Acabo de lavármelas en el jardín.

Sorolé se traslada a la ciudad, y para ello tiene que atravesar un puente en bastante mal estado. A cada paso que da tiene la impresión de que el puente va a hundirse.

—Si consigo atravesarlo sin accidente—dice—daré tres veces cinco rublos a los pobres de la ciudad.

Llega a la mitad del puente, y piensa: —Me he equivocado. He pensado un rublo y he dicho cinco.

Se encuentra ya casi al final del puente, y dice:

—Si doy un rublo tan sólo, no por eso dejarán de quedar contentos los pobres.

En este instante se produce un siniestro ruido, y a poco más se cae al agua. Sorolé exclama precipitadamente:

—¡Vaya una bromita! Estoy hablando en broma y el puente se rompe. Lo dicho dicho está: ¡tres veces cinco rublos, tres veces!



Correspondencia muy particular



Sonriente. (Pamplona).—Sonriente: ponte serio, que te vamos a dar una mala noticia. Tu cuento navarro es una imbecilidad de las más obesas que se han precipitado en nuestras manos... ¿Lo ves? ¡Ya no te ries! ¡Si nos lo estábamos figurando!

Cipriano. (Zaragoza).
La crónica de Cipriano no está escrita con la mano.
¡No, no lo está! ¡Es imposible que una mano consciente haga eso! ¡Eco lo ha hecho una pata...!! Y claro que, para estar hecho por una pata, no está mal del todo.

J. G. P. (Oviedo).
Nos manda usted una cosa que no es verso y que no es [prosa.
Así es que hemos dicho: ¡Ah! ¡Resulta que esto no es ná! Y, en efecto, eso precisamente es lo que es.

J. E. P. (Colmenar Viejo).
Su último envío es tan trágicamente deplorable como los anteriores. Se advierte que es usted una persona (o un animal) que no cambia con facilidad de convicciones. Así nos gustan a nosotros los hombres, aunque lo que hagan no nos guste tanto.

E. N. S. (Sanlúcar de Barrameda).—Ninguno de sus tres originales (¿?), majestuosamente escritos con una tinta muy mala y con unos tintes demasiado dramáticos, creemos que merezca los honores de la perpetuidad en nuestras columnas.

P. V. A. (Santander).—Resulta cruel hacer chistes a costa del suicidio de ese pobre poeta melenudo. ¿Por qué no los hace usted con motivo del suyo propio? ¡Sería más gracioso, y además usted descansaría y nosotros también!

J. B. R. (Madrid).—Tiene muy poco interés para nuestros lectores el que su novia haya aprendido el charleston con un profesor negro... ¿Lo está usted viendo? ¡Ni uno solo se ha conmovido al leer la noticia!...

E. C. M. (Valladolid).
¿Con qué A B C tira más ejemplares que nosotros?... ¡Vaya una novedad!... ¡También usted tira más ceces que el caballo de Espartero y no se nos había ocurrido decirlo, a pesar del daño que nos han hecho en diversas ocasiones!...

L. T. R. (Barcelona).—Su leve ingeniosidad "El prólogo de una catástrofe" es una catástrofe entera. ¡Sobre todo para el pobre redactor que se la ha tenido que leer, que el hombre no se ha ahorcado en una encina por milagro, y porque no había encinas cerca!...

J. P. M. (Oviedo).—Triste y además tonto. Y un poquito cursi. Y algo pesado. Y un si es no es naturalista. Y bastante antiortográfico. ¡En fin, una cosa como para entrar en la Academia y, armar una revolución!...

H. F. L. (Cádiz).—¿Con qué "El bastón de fresno" se lo ha sacado usted de la cabeza? ¡Pues ande usted con mucho cuidado, porque sería muy fácil que se lo volvieran a meter en ella violentamente!...

D. M. B. (Madrid).—Eso cuénteselo usted a un guardia de los del pito. Y si el guardia no se pitorrea, nos dejamos cortar la cabeza con una afilada cimitarra.

Paulina. (Burgos).—Señorita encantadora: usted se ha equivocado. Lo que nos envía no es para nosotros. Es, seguramente, para el Museo de Arte Moderno, donde sabrán apreciar sus bellezas, que nosotros, ¡inmundos ignorantes!, no podemos comprender.

T. B. Q. (Valencia).
Su artículo es una cosa tan antigua como sosa.
Y en vista de su sosería, va a "Cestona a la carrera. ¡Qué sanción tan horrorosa!

S. V. G. (Málaga).—Su admirable obra literaria se ha fastidiado categóricamente. En realidad, debía fastidiarse. ¡Hay cosas que están escritas!... Y hay cosas que, como ésta, están escritas tan mal que no hay manera de hacerse el distraído y dejarlas que pasen.

A. R. L. (Segovia).—Le rechazamos a usted con la mis-

ma indignación con que le rechazó la virtuosa y guapetona señorita, cuyas calabazas son el preferente tema de su infortunado trabajo.

C. de N. (Buenos Aires).—No pretendo, ¡¡ay de mí!!, discutir el mérito de su ultramarina literatura. Anhele únicamente convencer a usted de que esa clase de trabajo ya lo hace en BUEN HUMOR un colaborador, algo cardíaco, pero buena persona, al que no queremos someter a la tortura de una funesta competencia que podría causarle una muerte dolorosísima.

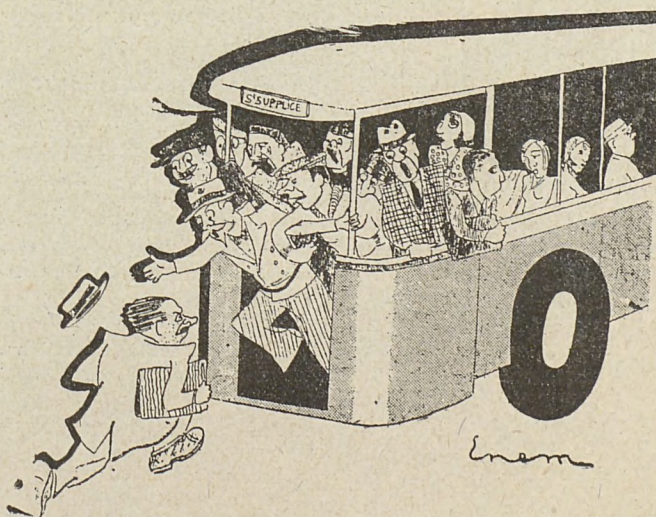
C. T. S. (Salamanca).—No se admiten reclamaciones después de salir del establecimiento. Y como su artículo (o lo que sea) ha salido ya de aquí con rumbo a "Cestona", huelga el griterío que usted nos ha armado y del que, como Tenorio con las pláticas de su familia, no hacemos ni tanto así de caso.

C. G. F. (Madrid).—¡Anda, éste! ¿Pues no nos sale defensor de las suegras?... ¡Cómo se conoce que la de usted ha fallecido..., o no ha nacido todavía, que para el caso es lo mismo!...

S. M. G. (Logroño).
¿Y no habrá alguien que te [mate por tu cuento "El chocolate"?
Porque, caramba, es que lo merecías de verdad.

F. H. R. (Cartagena).—En su artículo presume usted de hombre valiente y arrojado. Y en parte tiene usted razón, porque valiente no sabemos si lo será, pero arrojado lo ha sido usted ahora mismo. ¿Tendremos que añadir que donde ha sido usted arrojado es al cesto? ¡Por si acaso ya está añadido!...

Jacinto. (Teruel).—No puede ser... ¡No puede ser peor el articulito que nos ha largado usted, amigo Jacinto!...



—Pero, ¿para qué se empeña usted en subir si va a la misma velocidad que nosotros?...

(De Le Rire, París.)

EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes."

Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR FOTOGRAFO PUERTA DEL SOL, 12

Una jovencita muy guapa va acompañada de una señora que lleva varios peketes. Un pollito quiere acercarse a hablarla, y deteniéndole un amigo que le acompaña le dice:

—¡Adónde vas temerario!
—¿Temerario? ¡Por qué!
—No te has fijado, que lleva la carabina cargada y puede dispararse.

Pedro Soria (Madrid).

—Señor, deme una limosna por el amor de Dios.

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha sido adjudicado al siguiente:

—Y viajando tantos años en aeroplano, ¿no te ha ocurrido ningún accidente?
—Sí; en Sevilla, durante un aterrizaje forzoso, que me casé.

Castillo (Santander).

—Tome estos dos reales y pásese mañana por mi tienda, que le buscaré trabajo.
—Gracias señor, pero me contento con los dos reales, no soy exigente.

Ramón de Rato (Madrid).

En una furiosa escena con-

yugal provocada por los celos, el marido quiere contener a su mujer y ésta le muerde fuertemente en la mano.

—¡Ah, furia!—dice el marido—. Me muerdes con mis propios dientes.

—¿Con tus propios dientes?
—Sí; ¡pensar que yo mismo

te los compré hace pocos días!
Cándido Salvador (Madrid).

En Nueva Zelanda dos minutos antes del terremoto.

Un individuo que va por la calle exclama de pronto al ver a otro sujeto que viene en dirección a la suya:

—¡Atiza! Mi acreedor; ábrete tierra y trágame.

J. Paytubi (Barcelona).

Casa de las Pantallas

Preciosas, desde 2 pesetas. Aparatos de comedor cuya luz facilita la digestión, desde 18 pesetas. Solo los tiene Romero.

ROMERO.—Fuencarral, 68

Un inglés fué a consultar con un famoso médico homeópata. Este le ausculta, le pasa un frasquito por las narices y dice:

—Respire usted.

El inglés respira con fuerza con fuerza y el médico replica:

—Está usted curado.

—¿Qué le debo a usted?

—Mil francos.

El inglés saca de la cartera un billete de esta cantidad, se lo pasa por la punta de la nariz y dice:

—Respire usted.

Y sin dar tiempo a la respuesta, exclama flemáticamente:

—¡Está usted pagado!

Vocal (Castellón).

CUPON

correspondiente al núm. 476 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.

—¿Por qué tu marido lleva esa bandera roja?
—Es que adopta ese terrible lenguaje cuando se aproximan los automóviles.

(De London Opinión.)

—¿Cuál es el colmo de una cocinera?

—Hacer una tortilla con la yema de los dedos.

E. Marqués. (Valencia).

—Veo que te diviertes.

—¿Por qué me lo dices?

—Porque ayer te ví en el teatro con tu mujer.

—Efectivamente; pero te ruego que no se lo digas a ella.

Niceto. (Priego).

El juez.—¿Qué fué la causa de qué ha arrestado este hombre?

El policía.—Molestaba a un cochero en la calle.

El juez.—Pero no hay prueba ninguna que era borracho el hombre.

—El policía.—Sí, señor juez, pues no hubo ningún cochero.

Davids Thomsen (Kobenhavn).

En un tribunal:

El fiscal a uno de los testigos:

—¿Cómo se llama usted?

—¿Quién yo?

—Sí, usted.

—Cirilo Pérez.

—¿De dónde es usted?

—¿Quién yo?

—¡Sí, usted!

—De Becerril.

—¿Cuántos años tiene usted?

—¿Quién yo?

—¡No, yo!!

—Usted, unos cuarenta y cinco años.

Tercos (Palencia).

El recluta, entrando en el cuarto del sargento:

—¿Da usted su permiso, mi sargento...

—¡Sí!

—...para faltar los tres primeros meses a la instrucción? L. Sibrana (Tauima).

En un pueblo: Una reunión de el alcalde y los concejales.

El alcalde.—Señores; aquí se trata de que ustedes y todo el pueblo dé un tanto para adquirir radium para...

Uno de los concejales que interrumpe de pronto.—Yo no doy nada.

El alcalde.—¿Y usted por qué no dá nada?

Dicho concejal.—Porque no soy tan primo que dé mi dinero para que otros se diviertan comprándose radios.

Rafelcofer.

Después de muerta su esposa, don X... empezó sus estudios religiosos y pocos años después fué nombrado obispo de Amiens (Francia).

LA HORRA

La mejor casa de España en su género

De aludido matrimonio tenía don X... dos hijos.

Ahora bien, un día, había en la catedral solemne fiesta en que presenciaban el Soberrano y la corte.

El chambelán estaba molesto por no saber como presentar el obispo sin decir que aquél era el padre de los dos jóvenes, (que tenía también que presentar).

Se fué al obispo y le preguntó:

—¿Qué tengo yo que decir?

A lo que contestó el agudo obispo:

—Anuncie usted "Su Eminencia el obispo don X... y los dos sobrinos de su hermano..."

Robert Monnereau Issy-les-Moulineaux (Francia).

—¿Estás dibujando?

—Sí; estoy haciendo unos dibujos para BUEN HUMOR.

—¡No está mal! ¿Y los pies?

El otro, distraído.—¡En el brasero!

Santiago Esteve (Carabanchel Bajo).

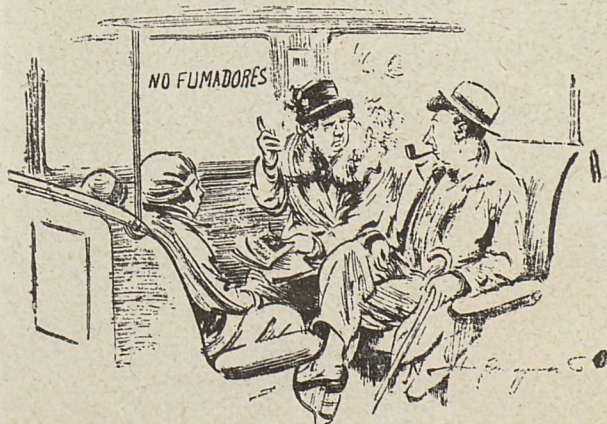
Dos gitanos entablaron una lucha tremenda por poseer un queso que habían robado.

Presenta las últimas creaciones en sombreros para señoras y niñas.
FUENCARRAL, 26, y MONTERA, 15, primeros

Después de muchos golpes, uno de ellos cae al suelo, y exclama maltrecho y dolorido:
—Premita Dios que te siente peor que si te tragaars un pavo vivo y te hiciera la rueda

en la bariga y que cada pluma se convirtiera en una navaja barbera.

Kar-Denales (Almería).



La señora.—Bueno, pues lea usted eso.

El joven.—Gracias, señora, muchísimas gracias.

La señora.—¿Quiere usted leer algo?

(De The Passing Show.)



BARCELONA

HOTEL

BEAUSEJOUR

Paseo de Gracia 23
Casi frente Estación
Apeadero de Gracia
Teléfono 20745-46

Lujosas habitaciones
Grandes salones de
reunión con toda clase
de servicios. Pensión
desde Ptas. 17'50
Cubierto, 5 Ptas.

BARCELONA

PENSION

FRASCATI

Cortes. 647
Teléfono 11642

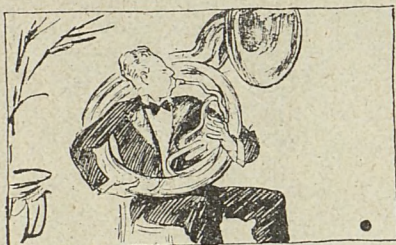
De primer orden para
familias distinguidas y
extranjeros. Trato
esmerado. Baños, ascensor,
Pensión desde Ptas. 12'50.
Cubiertos Ptas. 3'50.

Descuento del 10% a los portadores de este anuncio

TAPAS para encuadernar colecciones semestrales de

Buen Humor

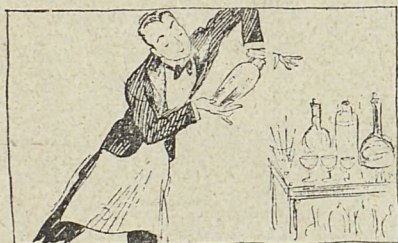
se venden en la Administración de dicho semanario al precio de 3 ptas. una.
Se remiten certificadas si al enviar el importe se acompañan 0,30 pes tas.



El joven que toca el xaxofón en el jazz-band...



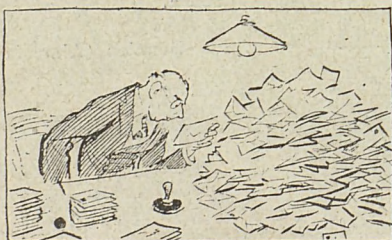
...se distrae todas las tardes de esta manera.



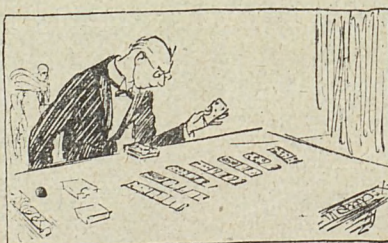
El que fabrica los cocktail en el bar...



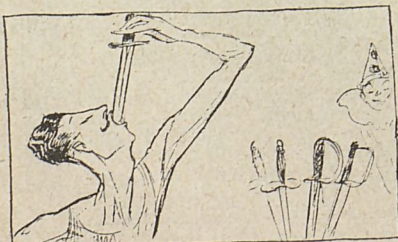
...en hacer callar a su niño.



El empleado de correos...



...en hacer solitarios.



El que traga sables en los circos...



...come macarrones...

(De The Humorist, Londres.)

Alberto
PULSERAS DE PEDIDA
7, Carretas, 7

ASPIRE SIEMPRE
OZONOPINO

||||| **Ruy - Ram** |||||

CURIOSOS ≡ FILMS ≡

Tomados en un renombrado estudio de arte.—Se aprecian perfectamente los detalles de los artistas que han tomado parte en su ejecución. Se han obtenido seis curiosas y artísticas películas de gran atracción, novedad e interés.

Cada film, para Pathé-Baby, 50 ptas.; los seis, 250 ptas.—Para Kodak, 150 pesetas; los seis, 800 ptas.

Envío franco a todos los países contra billetes de Banco, cheque sobre París, o giro postal internacional.

Mademoiselle **FANNY**
Directora del
ESTUDIO de la LUNA
7, Rue de la Lune, 7.—París

CREMA LIDA

RECONSTITUYENTE

NADA COMPARABLE POR SUS MARAVILLOSAS CUALIDADES A LA CREMA RECONSTITUYENTE LIDA, PARA LA CONSERVACION DEL ROSTRO, HACIENDOSE IMPRESCINDIBLE EN EL TOCADOR DE TODA MUJER CUIDADOSA DE SU BELLEZA. DA AL CUTIS TERSURA Y LOZANIA.—HACE DESAPARECER LAS ARRUGAS, SURCOS Y DEPRESIONES FACIALES.—SUAVIZA LA PIEL CONSERVANDOLA DE TODA IMPUREZA.—BLANQUEA Y CONSERVA EL ROSTRO LLENO DE FRESCURA Y BIEN ESTAR.—ES EL ELEMENTO NUTRITIVO DE LA EPIDERMIS, UNICO Y EFICAZ PARA PRESERVARLA DE LOS PELIGROS DE LA INTEMPERIE

Pedid folletos explicativos

DEPOSITARIO
URQUIOLA-MAYOR.1
MADRID

BUEN HUMOR



—Pero mujer, por Dios. ¿Para qué me has pue sto esta cama tan chica?
—¡Para que no puedas estirar la pata!

Dib. PONITO.—Ierez.